

«estante que desea colocar en tu alacoba», rogándome —graciosamente— no incurrir en el tópico de recomendarte el *Quijote*, *Bécquer* y los *Episodios Nacionales*, de Galdós, que parecen ser los únicos libros que han leído tus padres. Por complacerte huyo del tópico, aun creyéndolos merecedores de ocupar un espacio en ese rincón de «libros amigos» con que sueñas, y empiezo a hacerte una relación de los que a mí me gustaría leyeran mis hermanas y mi novia... siempre y cuando que no lo hicieran en enfadosas ediciones críticas y procurasen conservar en el corazón y no en la memoria las enseñanzas que de todos ellos se desprenden. Es decir: que no por haberlos leído y gozado de sus bellezas se creyeran con derecho a la pedantería de citarlos a cada momento.

Yo daría el primer lugar de ese futuro estante a la *Biblia*. No sólo por las razones de orden religioso y cronológico, sino también por otras exclusivamente estéticas. El Antiguo y el Nuevo Testamento —o sea lo que los primeros cristianos llamaron *Biblia* o libro por antonomasia— constituye, además del Libro Sagrado de nuestra fe, el mayor y mejor monumento literario del mundo.

El Antiguo Testamento, como sabes, comprende las Revelaciones de los Patriarcas y Profetas anteriores a Jesucristo, y se compone de libros históricos, didácticos, poéticos y proféticos. El Nuevo Testamento lo forman los Evangelios, o sea la vida y muerte de Nuestro Señor narradas por los cuatro Evangelistas San Mateo, San Juan, San Lucas y San Marcos, más las Epístolas de San Pablo, Santiago, San Pedro, San Juan, San Judas Tadeo y el Apocalipsis.

Entre los libros históricos del Antiguo Testamento, destacan los del *Génesis*, el *Exodo*, el *Levítico*, los de los *Jueces* y los *Reyes*, el de *Esther* y el de *Ruth*. Entre los didácticos figuran el *Eclesiastés* y el de los *Proverbios*. Entre los poéticos, los maravi-

llosos de los *Salmos* y del *Cantar de los Cantares*. Entre los proféticos, los de Isaías, Jeremías, Daniel, Oseas, etc. Todos ellos son bellísimos, pero literariamente —a mi juicio— los de más alto valor son el *Cantar de los Cantares* y el *Eclesiastés*, cuyo aliento lírico alcanza cimas altísimas.

El *Eclesiastés* es el libro que pudiéramos llamar de las confesiones de la vanidad humana y viene a ser como la eterna lamentación de la caducidad e insignificancia de las cosas terrenas y las pasiones humanas. En sus versículos espléndidos no se canta, sino se llora la perpetua caída del hombre; lo estéril de los placeres por los que neciamente se afana; la inutilidad de las empresas a que se dedica; el goce efímero que proporcionan la gloria, las riquezas y los honores; la inconstancia de los afectos humanos; la medianía de las cosas; la brevedad de la juventud y, como compensación de todo ello, la alegría de servir y obedecer a Dios. Después de considerar las cosas como «vanidad de vanidades y todo vanidad», el *Eclesiastés* —que no es pesimista, como pudieras suponer— afirma que la felicidad humana estriba en que el hombre no posea bien material alguno bajo el sol, sino que coma y beba y se alegre con su trabajo, aplique su corazón a la bondad y a la sabiduría y a entender que nunca podrá hallar la razón de las obras de Dios, y que cuanto más se empeñe en buscarla menos lo logrará, pues todo está en las manos del Señor, que ha querido dejar al hombre en la duda de si su frágil naturaleza es merecedora de amor o de odio.

El *Cantar de los Cantares* es el más ardoroso himno de amor que el hombre ha escrito y sus imágenes inspiradísimas expresan con insuperable delicadeza el amor de Cristo a la Iglesia y el de ésta a su Esposo Jesucristo.

Mucho me gustaría transcribirte aquí —para animarte a leer la *Biblia*— algunos pasa-